

## EPÍLOGO

La rebelión de las legiones de la Galia, capitaneadas por Vindex, no fué considerada por el pronto peligrosa. Nerón sólo tenía treinta y dos años, y nadie esperaba que el mundo pudiera librarse tan presto del monstruo que lo oprimía, tanto más cuanto que las legiones se habían ya sublevado otras veces durante el imperio de los césares precedentes sin conseguir la deposición del tirano. Así, por ejemplo, imperando Tiberio, Druso tuvo que sofocar la rebelión de las legiones de la Panonia.

—Y después de todo—preguntaban algunos—¿quién podrá empuñar las riendas del gobierno cuando sea destronado Nerón, si durante el imperio de éste han desaparecido todos los descendientes del divino Augusto?

Otros, contemplando las estatuas gigantescas del César imperante en las cuales se le representaba en figura de Hércules, mal de su grado venían á parar á la conclusión de que no existía en el universo fuerza capaz de abatirle. Y, en fin, eran no pocos los que deseaban su pronto regreso, porque Helio y Policteto, á quienes el Emperador había confiado el gobierno de la Ciudad y de Italia durante su ausencia, ejercían el poder aún con mayor crueldad y despotismo.

Nadie estaba seguro de su vida ni de su hacienda. Menospreciada la ley, escarnecidas la virtud y la dignidad humanas, relajados los vínculos de familia, ni esperanzas de mejora le era dado concebir á aquella raza envilecida y degenerada.

Llegaban en tanto de Grecia las noticias de los triunfos inauditos alcanzados por el César, de los millares de coronas ganadas, de la muchedumbre de adversarios vencidos. El mundo entero parecía transformado en una orgía sangrienta y grotesca y en todas partes abriase paso la convicción de que

era llegado el término de la justicia, de la virtud, de la honradez, de que habían cedido el puesto á la danza, á la música, á la depravación, al derramamiento de sangre.. y de que este sería el curso y el carácter de la vida desde entonces. Nadie se preocupaba de la sublevación de Vindex, ni aún el mismo César, quien, convirtiéndola en pretexto para nuevos latrocinios, se mostraba satisfecho de que hubiese estallado.

No había medio de sacarle de Acaya, y solamente cuando Helio le manifestó que la prolongación de su estancia allí podría costarle la dignidad imperial, se dirigió apresuradamente á Nápoles.

Pero también allí quiso cantar y representar, sin hacer caso apenas de las noticias sobre el mal cariz que la rebelión tomaba. En vano Tigelino le repetía que las anteriores revueltas habían fracasado por falta de un jefe hábil, mientras que aquella estaba capitaneada por un descendiente de los antiguos reyes de Aquitania, famoso y expertísimo guerrero.

—Aquí—respondía Nerón, sin hacer caso de los recelos de su valido—los griegos me escuchan, y los griegos son el único pueblo que sabe escuchar, el único digno de mis cantos.

Añadía que sus principales deberes eran cultivar el arte y acrecer su gloria. Al cabo le dijeron que Vindex le había calificado de artista detestable, y partió apresuradamente para Roma.

La sangrienta, la inaudita injuria abrió de nuevo las heridas que le había inferido Petronio, cicatrizadas en parte con los triunfos de Grecia, y corrió á pedir al Senado que le vengase.

Por el camino vió un grupo en bronce que representaba á un galo vencido por un guerrero romano; y reputándolo por halagüeño presagio, no habló ya de la rebelión de Vindex y sus legiones sino en son de burla.

Su entrada en Roma superó en esplendor y grandiosidad á cuanto se había visto. Iba Nerón en el mismo magnífico carro que sirvió para el triunfo de Augusto. Para que pudiese pasar el cortejo fué derribado uno de los arcos del Circo; salieron á su encuentro el Senado, los jefes militares, una muchedumbre inmensa; los muros retemblaban con los estruendosos aplausos y las formidables aclamaciones. «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Nerón-Hércules! ¡Salve, divino, incomparable, olimpico, pítico, inmortal!»: tales eran los gritos de la frenética multitud. De-

trás del carro del César iban las coronas que éste había ganado en Acaya y tablas con los nombres de las ciudades donde había triunfado y de los rivales vencidos. Nerón, loco de alegría, como embriagado por su propia vanidad, volviase de cuando en cuando á los augustales que le rodeaban, y les decía:

— ¡Qué fué el triunfo de Julio César comparado con el mío!...

Le parecía imposible, absurdo, que un mortal cualquiera se atreviese á poner la mano sobre un artista semi-dios de su grandeza y poderío. Se reputaba invulnerable, olímpico, y esta convicción era reforzada por el delirante entusiasmo de la muchedumbre.

Hubiérase dicho que en aquel día de triunfo, no sólo estaban locos el César y Roma, sino el mundo entero.

Las flores, los montones de coronas, impedían ver el abismo. Pero aquella misma noche las columnas y los muros de los templos se llenaron de inscripciones en las cuales se enumeraban las infamias de Nerón, se le amenazaba con la muerte próxima y se ponían en ridículo sus facultades artísticas. Pasaba de boca en boca el dicho: «Tanto cantó que al fin se han despertado los galos» (1). En tanto, corrían por la ciudad rumores alarmantes, exagerados hasta adquirir proporciones monstruosas; y las gentes, inciertas del porvenir, no osaban expresar sus deseos, ni apenas respirar.

El César, con todo, vivía en apariencia muy tranquilo, sin pensar más que en cosas de teatro y de música. Ocupábase en probar instrumentos de nueva invención, particularmente un órgano hidráulico que, á juzgar por los ensayos hechos, había de ser una maravilla. Su inteligencia infantil, incapaz de trazar un plan racional para la defensa, imaginaba que con prometer nuevos y grandiosos espectáculos circenses conjuraría todo peligro. Los cortesanos quedábanse asombrados al ver que lejos de organizar un ejército para sofocar la rebelión, se entretenía en hacer frases, si bien algunos sospechaban que era este un recurso para ahogar el propio miedo y el que iba apoderándose de cuantos le rodeaban. En realidad, se hallaba como en delirio. De repente se enfurecía, mostrábase dispuesto á afrontar el riesgo, y ordenaba, en un acceso de heroísmo cómico, que se cargaran los carros de cítaras y laudes, que se

(1) Juego de palabras con los vocablos *gallos* y *galos*.

formasen con sus esclavas jóvenes legiones de amazonas, que se hicieran venir soldados de las provincias orientales; pero en seguida manifestaba que, no con la guerra, sino con el canto, quería dominar la sublevación, y se alborozaba pensando en el cuadro sublime que ofrecerían las legiones de la Galia, conmovidas por su voz, deponiendo las armas... Los buenos legionarios le rodearían con los ojos anegados en lágrimas, mientras él cantaría un epinicio compuesto expresamente para el caso, y comenzaría para Roma una nueva edad de oro... Ya experimentaba sed de sangre y de venganza; ya decía plácidamente no quedarle otro camino que resignarse á reinar en Egipto; ora se acordaba de los presagios según los cuales había de morir siendo rey de Jerusalem; ora se enternecía con el pensamiento de tener que ganarse el pan cotidiano, cual cantor errante, é imaginaba que las naciones le honraban, no en su calidad de César, dueño del mundo, sino como artista de voz incomparable.

De esta suerte se agitaba, deliraba, cantaba, mudando á cada momento de plan, transformando su propia vida y la del universo en asunto de un drama á la vez ridículo y terrible, en montón de frases hueras, de versos vulgares, de lamentaciones, de lágrimas, de sangre... mientras la tempestad avanzaba amenazadora por el Occidente, y, colmada la medida, precipitábase la catástrofe de la innoble farsa.

Cuando llegó la noticia de que las legiones de España, capitaneadas por Sulpicio Galba, se unían á los rebeldes, el furor del tirano excedió á toda medida. Rompió las copas, derribó la mesa del festín, y dió tales órdenes que ni Helio, ni Tigelino osaron ponerlas en ejecución. Exterminar á todos los galos residentes en Roma, incendiar de nuevo la Ciudad, abrir las puertas de los *vivarios*, trasladar la capital del imperio á Alejandria, parecíanle empresas fáciles, heroicas, maravillosas. Pero la época de su esplendor y de su poderío se hallaba en el ocaso, y sus cómplices de ayer le consideraron como un loco.

La muerte de Vindex, con las consiguientes disensiones de los rebeldes, parecieron al pronto inclinar otra vez la balanza en favor de Nerón. Y se renovaron los banquetes, los triunfos, las sentencias de muerte. Pero una noche llegó del campamento de los pretorianos, á galope tendido sobre un caballo cubierto de espuma, un mensajero con la noticia de que en la misma Ciudad los soldados se habían sublevado, proclamando emperador á Galba

El César dormía cuando llegó este correo. Levantóse, y llamó á los hombres que debían hallarse de guardia á la puerta de su habitación; pero inútilmente: el palacio estaba desierto. Únicamente en las estancias más apartadas, en los ángulos oscuros, algunos esclavos se apoderaban apresuradamente de cuanto hallaban á mano. Mas la presencia de Nerón les llenó de terror, y también huyeron. Éste quedó solo, vagando por las vastísimas habitaciones, en las cuales resonaban sus gritos desesperados.

Al fin acudieron en su auxilio los libertos Faonte, Esporo y Epafrodites, quienes le indujeron á huir, diciéndole que no había un momento que perder... Pero él se resistía, forjándose aún ilusiones... «¿Y si, vistiéndose de luto, se presentase ante el Senado? ¿Podrían los senadores contener las lágrimas? ¿Había acaso en el mundo quien resistiera á su elocuencia, quien no se sintiese conmovido por su declamación, por sus gestos trágicos? ¿Es posible que se negasen á concederle al menos la prefectura de Egipto?...» Acostumbrados á la adulación, los libertos no se atrevieron á contradecirle; mas le advirtieron que si determinaba ir al Senado, antes de llegar al Foro le haría pedazos el pueblo. De pronto le amenazaron con abandonarle si no montaba al instante á caballo, y Faonte le ofreció asilo en una quinta que poseía entre las vías Nomentana y Salaria.

Embozados en mantos negros, se dirigieron al galope hacia las afueras de la Ciudad. Aún no había amanecido; y, sin embargo, las calles estaban muy animadas, prueba evidente de la gravedad de las circunstancias. De trecho en trecho hallaban soldados en grupos, ó solos, todos al parecer animados de un mismo sentimiento. Cerca de la puerta Nomentana, á la vista de un cadáver, se encabritó el caballo de Nerón y á éste se le cayó el manto. En aquel momento pasaba un pretoriano, quien, al reconocer al Emperador, turbóse, y le hizo el saludo militar.

Poco después oyeron á los pretorianos que en su campamento aclamaban á Galba, y el César por fin comprendió que había llegado su última hora. Invasión su espíritu el terror y los remordimientos, y vió ante sus ojos una nube muy oscura, desde la cual, según manifestó, le miraban su madre, su esposa y su hermano. Temblaba, castañeteábanle los dientes, y sin embargo, su alma de histrión hallaba cierta voluptuosidad en aquel desenlace terrible. Ser dueño omnipotente del mundo y

perderlo todo en un momento, le parecía la situación culminante de la tragedia, y, fiel á si mismo, seguía representando el papel de protagonista.

Acometióle cierto prurito de emitir sentencias, á fin de que sus acompañantes las transmitiesen á la posteridad. Ya invocaba al famoso gladiador Espiculo para que le matase; ya le daba por declamar:

—¡Me llaman mi madre, mi esposa, mi padre!...

De cuando en cuando renacía en su corazón la esperanza, pero una esperanza vana, infantil. No podía dudar de que había llegado para él la hora suprema; y, sin embargo, se obstinaba en no creerlo.

La puerta Nomentana estaba abierta. Pasaron por el lado del Ostriano, en donde Pedro había enseñado la Verdad y administrado el Bautismo. Llegaron á la villa de Faonte al amanecer. Una vez allí, los libertos dijeron sin ambages ni rodeos al Emperador que era preciso morir. Éste, en apariencia resignado, ordenó que le abriesen la fosa y hasta se tendió en el suelo para que le tomasen la medida exacta; pero al ver la tierra removida con las palas, sintióse presa del espanto. El rostro abotagado cubrióse de mortal palidez, y helado sudor bañó su frente como de gotas de rocío. Con voz temblorosa, á la que procuraba dar acentos trágicos, manifestó que aún no había llegado su última hora; siguió luego declamando, y pidió, en fin, que su cuerpo fuese quemado.

—¡Qué artista pierde el mundo!—repetía como en desvarío.

En esto llegó un servidor de Faonte con la noticia de que el Senado había dictado ya la sentencia contra el *matricida*, el cual había de ser castigado según la antigua costumbre.

—¿Y qué costumbre es esa?—preguntó Nerón, pálido como un cadáver.

—Se sujeta al reo por el pescuezo con una horca, se le azota hasta que expira, y se arroja al Tíber su cadáver—respondió cínicamente Epafrodites.

Nerón se descubrió el pecho, y exclamó, alzando los ojos al cielo:

—¡Ha llegado, pues, la hora de mi muerte!

Una vez más repitió:

—¡Qué artista pierde el mundo!

Oyóse en aquel momento galope de caballos. Era un centu-

rión que, al frente de un grupo de pretorianos, venía por la cabeza del señor del mundo.

— ¡Date prisa! — gritaron los libertos.

Nerón acercó el cuchillo á la garganta; pero su mano cobarde y temblorosa no acertaba sino á rasgar la piel. La convicción de que no tendría valor para hundir la hoja, movió á Eparfrodites á darle un golpe en la mano: el cuchillo penetró hasta el mango. *Barbarroja* miró en torno con ojos extraviados, horribles, llenos de terror...

— ¡Te traigo la vida! — gritó el centurión al entrar.

— ¡Es demasiado tarde! — contestó Nerón, en el estertor de la agonía.

Y tras breve pausa añadió:

— ¡Qué fidelidad!...

La muerte fué casi instantánea. Del obeso cuello le salía un torrente de sangre que salpicaba las flores del jardín; sus pies, en la última convulsión, escarbaron el suelo...

Al día siguiente la fiel Actea envolvió el cadáver en un lienzo precioso y lo quemó en una hoguera.

Así pasó Nerón; como pasan el torbellino, el huracán, el incendio, la guerra, la peste. En cambio, la Basilica de Pedro, en la colina Vaticana, señorea la Ciudad Eterna y el mundo.

No lejos de la antigua puerta Capena se levanta una capillita, en la cual se lee esta inscripción, casi borrada por el tiempo:

QUO VADIS, DOMINE?

FIN

